

USTED ESTÁ AQUÍ

CRÓNICAS DE CIUDADES



Prólogo
Fabián Casas

Alan Pauls, Martín Kohan, Juan Villoro, Leila Guerriero
Rafael Gumucio y otros

 Edup

crónica

Índice

PRÓLOGO	9
Berlín por Juan Villoro	13
Santiago de Chile por Rafael Gumucio	29
Brasilia por Alan Pauls	41
Alcalá/Madrid por Leila Guerriero	45
Nueva York por Sergio Chejfec	67
La Paz por Giovanna Rivero	75
Ámsterdam por Matías Capelli	85
Rosario por Jorge Carrión	91
Montevideo por Ercole Lissardi	97
México D. F. por Fabrizio Mejía Madrid	105
Asunción por Juan José Becerra	111
Comodoro Rivadavia por Martín Kohan	119
La Plata por Daniel Krupa	129
Los autores	139

Las ciudades invencibles

Nací en una casa muy grande que tenía largos patios. De manera que el cielo era una presencia constante. El cielo límpido del verano, que tardaba en apagarse, el cielo negro del invierno que llegaba muy rápido en el día. Creo que ahora las familias son cada vez más pequeñas, casi un haiku. Pero yo me crié en una familia muy grande, numerosa. Fui hijo de mis padres pero también de mis tías, de mi padrino, de mi primo. Ellos vivían conmigo y fueron construyendo a la persona que soy. Mi padrino solía instruirme en las estrellas. Me hacía mirar el cielo nocturno y me decía los nombres de las constelaciones, de las geometrías que formaban las tres Marías, el punto rojo de Marte, el lucero. Yo no sabía en ese entonces que me estaba enseñando a ver las ciudades ya que, antiguamente, muchas de ellas fueron construidas a semejanza del cielo. Ver el cielo estrellado sin mi padrino, que era un stalker de mi infancia, resultaba opresivo para mí. Me daba vértigo. Pero verlo en su compañía era prodigioso. De alguna manera, cuando viajé a Italia y recorrí la ciudad de Meda donde él nació, se cerró un

círculo que mi padrino había abierto en mi curiosidad. Como bien escribió Hofmannsthal, la fuerza del círculo vence a la muerte. Entonces un pueblo mental que minuciosamente me había pasado en sus recuerdos, era un pueblo material, una microciudad que yo constataba a cada paso: acá está la iglesia donde él iba a misa, acá está el bar de la estación donde se juntaba con sus amigos, acá la inmensa explanada detrás de la estación de ferrocarril y arriba el cielo nocturno y frío que me describió tantas veces. Me sorprendía la precisión de los recuerdos implantados que yo llevaba. En esas observaciones sobre el firmamento nació mi vocación por perderme en las ciudades. La ciudad es el identikit de un desconocido, alguien que buscamos pero que no podemos observar completamente porque, como en los buenos relatos, siempre está en fuga. El cautiverio de los tours les quita toda su potencia, las vuelve retóricas. Aunque pensemos que estamos conociendo lo que hay que conocer, en realidad estamos viendo solo lo que nos impone la publicidad. No hay, nunca, experiencia. En los relatos, ensayos y asedios a las ciudades que componen este libro se cita varias veces a uno de los grandes caminadores de la polis, flaneur perpetuo: Walter Benjamin. Y su máxima capital sobre el tema: "Importa poco no saber orientarse en una ciudad. En cambio perderse en ella como quien se pierde en un bosque, requiere aprendizaje". Esta frase me hizo recordar unos versos de un genial poeta chileno, Juan Luis Martínez, quien en su libro *La Nueva Novela*, escribió: "Cuando era chico me perdí en el bosque y ahora el bosque tiene mi edad". Algo de eso dice también el texto de Alan Pauls sobre su visita a Brasilia de solo tres días:

Estuve sólo tres días en Brasilia, pero podría decir, sin alardear, que nací allí, que allí viví, vivo y quizá viviré, y que de un modo singular, desconcertante, que recién ahora empiezo a pensar, es mi ciudad, simplemente porque de Brasilia puedo decir lo que no podré decir jamás de otra ciudad del planeta, que soy su estricto contemporáneo. Nací en 1959.

Como en una disección fenomenológica, los autores de este libro toman situaciones, lugares físicos y lumínicos para dar con el Zeitgeist de sus ciudades personales. ¿Cómo escribir de algo que está en perpetuo movimiento? ¿Cómo sacar la foto que no sea costumbrista, que no hable de más, que, de alguna manera, preserve el misterio de las ciudades para así impulsar a otro a caminar sus calles, a vivir su experiencia personal? Rafael Gumucio, buen estratega, elige hablar de la luz de Santiago de Chile: "Es imposible filmar Santiago, decía Raúl Ruiz. Lo demostraba con el fotómetro en la mano. Medía la luz en la sombra y después a pleno sol. La luz revienta las pantallas, no hay sombra, contraste". Una luz ladeada que impide, por ejemplo, que Juan Francisco González, no sea un pintor impresionista como la gente. En un libro de reciente aparición, Alberto Fuguet cuenta su trabajo de campo en Montevideo para dar con la vida secreta del escritor Gustavo Escanlar. Lo traigo a cuenta porque el periplo de Fuguet muestra lo difícil que es separar la vida de una persona de la ciudad en la que vivió. ¿Quién nació primero, la ciudad o la persona? ¿La ciudad? ¿Están seguros? Escribe Fuguet:

¿Puede una ciudad por grande o pequeña que sea dar pie para ser un gentilicio? ¿Qué significa realmente ser parisino, madrileño, carioca, penquista? ¿Es comportarse de una cierta manera? ¿Es compartir tradiciones y ritos y una geografía común y edificios y calles y boliches que, de alguna manera, van formando una identidad que es y no es parte de la propia? [...] ¿Un abogado treinteaño, soltero, de clase media, globalizado, se comporta radicalmente diferente a otro que fue criado en Seúl, Ciudad de México, Seattle o Nueva York?

En la novela de Stanislaw Lem, *Solaris*, un cerebro gigantesco es una forma de vida extraterrestre que abarca todo un planeta y que suele hacer contacto con los hombres enviándoles réplicas de sus seres queridos muertos. Las ciudades también se comunican en esos

mismos códigos extraños, como lo cuenta acá Matías Capelli en su texto sobre Amsterdam:

Bajé la vista y junto al banco de metal, en un cantero en el que no había reparado antes, descubrí un billete de cincuenta euros. Recién después de vencer la incredulidad pude guardármelo en el bolsillo, sin mirarlo, apenas palpando la calidad del papel, como si el contacto visual pudiera hacer desvanecer el prodigio.

Capelli estaba escaso de ingresos, y la ciudad solariana, a su manera, le daba un préstamo. Las ciudades, es verdad, también quitan y sacan. Y la ciudad en que nacimos siempre es el mapa sobre el que imprimimos las ciudades por conocer. Escribe Ercole Lissardi:

Creo que todos los escritores tenemos con nuestra ciudad natal una relación de amor y odio. De amor porque el entorno en que nacemos está anidado en lo más hondo de la memoria y de la emoción. De odio porque es imposible que la ciudad que ensoñamos en la ilusión de la primera edad, no nos decepcione.

En algún momento comprendemos que nuestra casa queda en un barrio y ese barrio en una ciudad, como en el juego de las cajas chinas. En las noches de mi infancia me encantaba leer cómics para poder superar el temor a la muerte, que estaba ahí, rotando, con su motor imparable. En las revistas de Superman tuve mi primera epifanía con una ciudad. En la Fortaleza de la Soledad –especie de baticueva que el héroe tenía en el Ártico–, Superman conservaba en una campana de cristal a una ciudad de su desaparecido planeta Kriptón. La ciudad se llamaba Kandor y estaba miniaturizada a escala por algún prodigio de guión historietístico, pero viva, con todos sus integrantes llevando una vida, por así decirlo, cotidiana. ¿A qué nos hace acordar?

FABIÁN CASAS

¿Qué es una ciudad? Un escenario donde la gente se encuentra, se pierde y el espacio cumple la función del tiempo. Estar o no estar: esa es la cuestión de las ciudades. El lugar común las asocia con la frondosidad de los bosques si la ciudad es productiva, o con la desolación de los desiertos, si es que le tocan días de ocio, nevadas o catástrofes.

Usted está aquí es una guía de estos enigmas superpoblados narrada por grandes escritores de América Latina. Veremos pasar Berlín, Brasilia, La Paz, Montevideo, México D.F., Ámsterdam, Asunción, Santiago. Cada historia es más intensa que cualquier geografía: es una experiencia individual en la que se disuelven el que escribe y el que lee. Para que no se diga que leer no es, en el fondo, el viaje más intenso y más profundo.